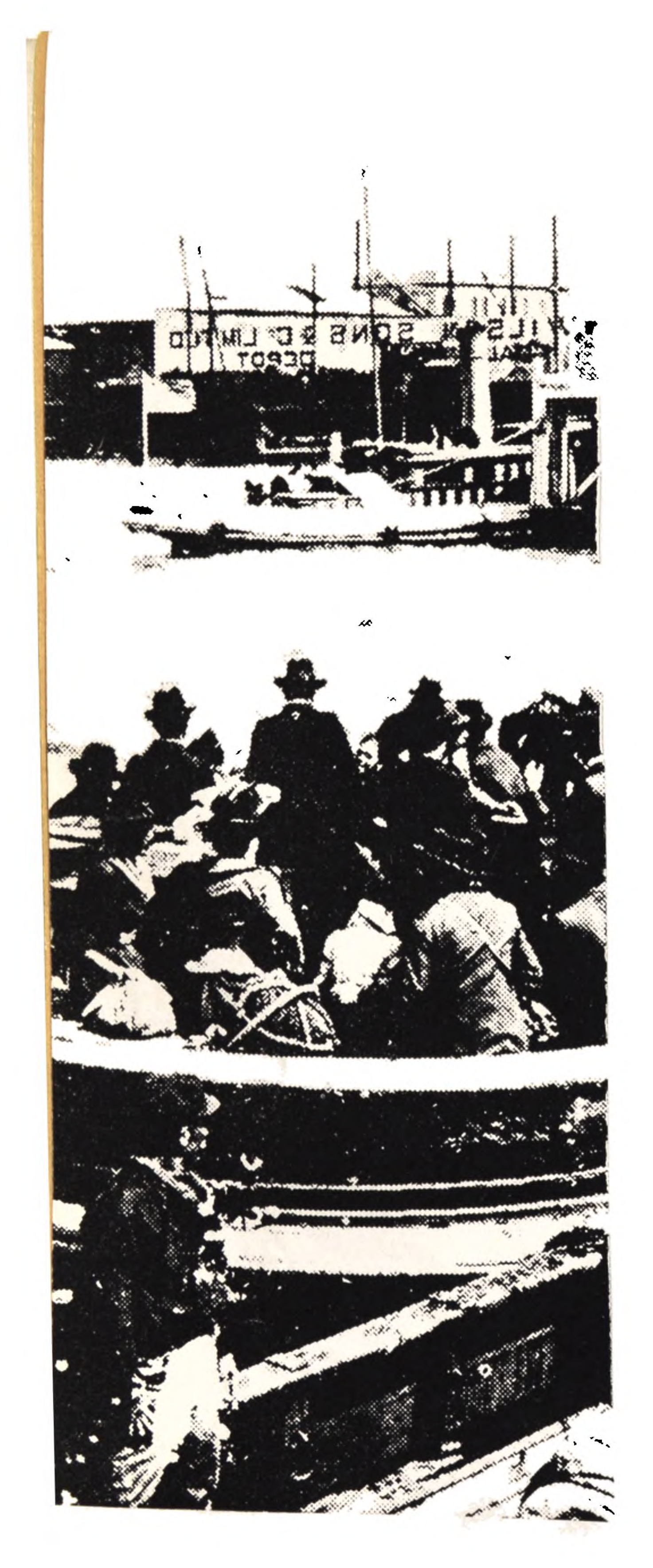

Los gringos
Juan Antonio Oddone
ENCICLOPEDIA
26
URUGUAYA

Los gringos

Juan Antonio Oddone



Según el censo efectuado por Nicolás Granada en 1884, los italianos constituían el 20 % de la población de Montevideo y el 1/7 de la población total del país. Cinco años después, el censo municipal asigna a la capital y su departamento una población de 114.322 orientales y 110.739 extranjeros; la distribución por nacionalidades comprueba entonces el sostenido crecimiento numérico de los italianos, el estancamiento de los españoles y la casi desaparición de los franceses.

"*Gringo*, término vulgar con que se moteja al extranjero cuya habla difiere totalmente de la castellana, como el inglés, el alemán, el francés el italiano. . . Allí donde predomine, como en el Río de la Plata, la inmigración italiana, casi no se oirá llamar *gringo* sino a los italianos, por la sencilla razón de que, topándolos a cada paso, ofrécese por instantes la ocasión de habérselas con ellos y de usar consiguientemente el calificativo de que se trata, ora por vía de gracia en sentido familiar, ora con enojo entre el común de las gentes".

(Daniel Granada, 1889)

Los que se iban: por qué y cómo

El incremento del potencial humano constituyó quizá la nota más acusada del proceso de expansión que promueve el capitalismo industrial en la segunda mitad del siglo pasado. Se ha insistido en el concepto de revolución demográfica para caracterizar ese fenomeno europeo cuyos guarismos rotundos (200 millones en 1814; 460 millones en 1914) se vinculan a una pujante natalidad rural y, sobre todo, al abatimiento vertical de la mortalidad.

Los grandes desplazamientos de población que formalizan los movimientos migratorios registran, más allá del obvio derivativo, una magnitud impresionante: entre 1885 y 1890, un promedio de casi 800.000 salidas anuales; en vísperas de la Gran Guerra casi dos millones por año. Tales índices anticipan las proporciones del alud: durante el medio siglo que corre entre 1870 y 1914 unos 40 millones de europeos se han dirigido a ultramar.

Sin entrar al análisis de las alternativas de la emigración europea, en todos los casos el crecimiento acelerado de la población se conjugó con la peculiaridad de las respectivas situaciones nacionales, cuyas características generales no está demás señalar, desde que permiten subrayar las causas intrínsecas así como la procedencia social y económica de las corrientes migratorias dirigidas hacia el Río de la Plata.

En 1870, cuando culmina el proceso de la unidad italiana, el flamante Reino afronta un porvenir económico de inciertas perspectivas. Aún no se había superado, y prevalecerían por mucho tiempo, las dificultades derivadas de una diversidad territorial que imponía violentos contrastes: país de comarcas incomunicadas, la montaña consolidaba férreas singularidades regionales.

En el sur, la población empobrecida se aboca a una explotación agrícola primitiva, ceñida por el latifundio, el bandidaje y la malaria. En el norte, el empuje progresista y las aptitudes industriales, tropiezan todavía con la falta de capitales, combustibles y materia prima.

Sensible al reflujo de la coyuntura europea, Italia afronta entre 1888 y 1893 los años más críticos de su economía. Las condiciones de vida de la clase obrera acusaron el revés a fondo. En las regiones centrales y septentrionales, el envilecimiento de los salarios, que se sumaba a los efectos de la desocupación cíclica por altibajos de la demanda, vuelve a pintar la existencia de los trabajadores con los colores de la temprana revolución industrial inglesa.

Hacia fines de siglo, ciertos signos de repunte económico, y sobre todo un promisorio afianzamiento industrial en el norte, contribuyeron a ahondar el contraste con las provincias meridionales, cuyos crecientes índices de natalidad marcaban



Marsella: los emigrantes franceses parten para el Río de la Plata.





El inmigrante en el puerto de Montevideo. Lo espera el conventillo y la barraca o quizás el rancho de medianero en la quinta suburbana.

un derrotero inexorable hacia la pauperización. Dentro de ese cuadro, múltiples factores obraron en favor de la expatriación: desde los relacionados con un medio físico adverso (precario régimen de lluvias, desforestación y aridez de la tierra) sin excluir los estragos de la malaria y el efecto desalentador de los terremotos para las regiones meridionales; hasta los que derivaban de la estructura productiva tradicional (rémora del latifundio, ausentismo de los propietarios, deficientes técnicas de cultivo); sin olvidar tampoco los agentes circunstanciales (diferencias políticas o religiosas, deudas con la justicia o con el servicio militar) que engrosaron una vasta corriente de inmigración clandestina.

Con la revolución del 68 y la caída de Isabel II vuelven a aflorar las contradicciones que caracterizaban la llamada "crisis de modernidad", que España arrastraba casi desde los comienzos de siglo. Tras la muerte de Fernando VII (1833), se abre un prolongado vacío de poder señalado por discordia de facciones que enrarecen el clima social y marcan un acentuado rezago histórico respecto a la Europa liberal e industrial.

La incorporación de España a la revolución demográfica europea resulta de un lento proceso. Durante la primera mitad del XIX, y pese al saludable empuje de la natalidad, la mortalidad infantil frenaba un desarrollo que se afianzará con el auxilio de la medicina preventiva recién a la vuelta del medio siglo, cuando se patentizan todas las contradicciones entre el volumen del potencial humano y las posibilidades de desarrollo.

Dentro de una estructura esencialmente agropecuaria, las formas predominantes de la tenencia de la tierra acentúan los caracteres primitivos de la economía española: el latifundio predomina en las tierras secas de las zonas centrales y meridionales, con "grandes fincas rústicas" (entre 250 y 5000 hectáreas) donde la superabundancia de brazos útiles deprime el salario campesino; el minifundio, típico de la región gallega, marca un proceso de subdivisión de la tierra que viene a sumarse, explosivamente, a las exigencias del crecimiento demográfico. En tal situación, las reacciones del campesino han oscilado entre la embotada resignación y los desesperados estallidos de violencia. "Demasiados hombres que producen poco y consumen poco —decía en este sentido Pierre Vilar— se vuelven un peso muerto para la economía y un elemento desequilibrante de la sociedad".

La inquietud que sacude la zona del latifundio andaluz con una ola de atentados contra la propiedad, parece la respuesta previsible a las míseras condiciones del bracero, compelido al éxodo sin alternativas. Comparativamente, la situación industrial es menos influyente en la decisión emigratoria. Cataluña y Vascongadas durante el último cuarto de siglo no constituyen sino un sector minoritario dentro de la población activa de España.

Aun fuera de estas motivaciones, el impulso de aventura económica, la búsqueda de fortuna, movilizan un tipo de emigración calificada ("meditada y consciente" se le ha llamado), que no embarca empujada por adversas condiciones; se trata de núcleos procedentes de Cataluña y Baleares, por lo común, sin que por su índole puedan, claro, ser privativos de una región determinada.

Las zonas de emigración que miran a América Latina se localizan en la periferia de la Península: Pontevedra y Coruña, Asturias y Santander, Barcelona y Provincias Vascongadas, y marcadamente las islas Canarias.

Luego de 1860, la situación demográfica de Francia no acusa los rasgos peculiares de un país de emigración: por el contrario, su lento crecimiento de población, originado en la caída de la tasa de natalidad, vino a colocar a la tercera Re-



El aluvión inmigratorio ha derramado Montevideo sobre la Ciudad Nueva. La novísima avenida 18 de Julio es la "Calle Mayor" de los barrios semigringos.

pública, en vísperas de la Gran Guerra, en temible desventaja frente a las potencias europeas en plena carrera imperialista.

Las transformaciones de la agricultura francesa, desde mediados de siglo, prometen liquidar formas rutinarias de explotación y anuncian una doble revolución, técnica y comercial. Con todo, la concurrencia extranjera y las plagas agrícolas asestaron, a fines de siglo, un rudo golpe a los cultivos industriales y alimenticios. Al empobrecimiento de los propietarios siguió la depreciación de la tierra, mientras que la caída de los salarios estimuló una creciente despoblación rural. No pesan en el caso francés las gravosas condiciones del latifundio: el proceso de división de la tierra, favorecido por el Estado, acentúa la pujanza de la pequeña y media propiedad.

En las zonas industriales clásicas, las condiciones de vida tienden a mejorar sobre todo a partir de 1875, cuando el costo de vida, en baja, se distancia de la curva de salarios hasta comienzos de siglo.

Dadas las características anotadas, tanto por su volumen como por el ritmo de su afluencia, la emigración francesa define predominantemente a un grupo de "élite", cuyo desplazamiento no llega a formalizar una corriente estable como en los casos de Italia y de España. Con esas salvedades, entre las causas de orden permanente, que habitualmente motivan los desplazamientos, predomina la apetencia de superiores condiciones potenciales: más altos jornales, mejores posibilidades para el giro de establecimientos rurales o comerciales, nuevas colocaciones para la inversión de capital. Las alternativas del ciclo económico o las alteraciones del orden social, figuran asimismo como causas temporarias de emigración.

Acentuadas particularidades regionales exceptúan del cuadro precedente a la emigración vasca, social y étnicamente más cercana a las condiciones prevalentes en los grupos emigratorios de masa que a las del resto de Francia. Las intermitentes dificultades económicas que experimenta el sudoeste atlántico vasco fomentan una corriente emigratoria que amenaza despoblar esa región y motiva medidas de contención oficial y una profusa propaganda desalentadora.

Presión demográfica y reajustes económicos-sociales derivados de la revolución industrial formalizaron en Gran Bretaña una corriente de emigración masiva dirigida hacia los dominios y en especial, hacia Estados Unidos. No fue el Río de la Plata, como se sabe, foco de atracción para los modestos emigrantes ingleses: así como fracasaron algunos tempranos ensayos de colonización anglosajona promovidos por Rivadavia, más tarde, en época de Mitre, las contrataciones oficiales que afincaron pobladores galeses en Chubut volvieron a evidenciar los factores adversos que se oponían a la inmigración inglesa sin capital. Ante todo, la dificultad de acceder a la propiedad de la tierra en zonas económicamente aptas y conectadas con los mercados venía a contrastar con las ventajas que en ese orden prometía al colono la ley de Homestead en los Estados Unidos. Por lo demás, el idioma y la religión obstaban siempre a la radicación de mano de obra asalariada inglesa. A la inversa, diversas circunstancias propiciaron el establecimiento de pequeños contingentes inmigratorios con recursos, que se vieron favorecidos por: el predominio comercial y el control financiero de los ingleses sobre los mercados rioplatenses; la coyuntura que deparó la explotación lanar, y que fue aprovechada por los británicos como introductores de merinos y otras variedades, o como criadores de ganado refinado; y finalmente las posibilidades ilimitadas que deparó el proceso de modernización, a cuya sombra se prodigaron las inversiones de capital y la concurrente afluencia de técnicos, empresarios y especuladores.

La emigración como empresa

Fuera de las dispares causas económico-sociales que terminan de subrayarse, la acción organizada de los promotores de oficio ha sido reconocida como uno de los elementos preponderantes del proceso emigratorio que culmina con el embarque.

Propaganda, contratación, transporte, ofrecieron un amplísimo campo a la especulación, favorecida por las características del elemento humano a quien se dirigía; y estimulada por el abultado lucro que devengaban tales operaciones. Agentes y armadores marítimos, sus inmediatos beneficiarios, formaron de hecho una liga de intereses mancomunados para la explotación del movimiento migratorio. Su discutida gestión y los métodos que emplearon engrosan un prontuario moral con matices de leyenda negra.

Los tales agentes operaban por cuenta de armadores o por la suya propia, a nombre de gobiernos extranjeros o al servicio de contratistas particulares: su obvio beneficio consistía en la comisión a percibir por cada emigrante transportado.

Hacia 1870 se expandían por toda la Península italiana los "arruolatori", cuya actividad culmina a fines de siglo, impulsada por la concurrencia de las compañías navieras. En Francia se muestran muy activos en las provincias vascas y explotan asimismo la emigración extranjera en tránsito, que generalmente se embarca por el Havre o Burdeos.

La organización de semejante tráfico presentó caracteres similares en Italia, España y Francia. Los centros de "enganche" se ubicaban por lo común en los puertos de salida, desde donde se ramificaban hacia las comarcas del interior por intermedio de los sub-agentes, quienes efectuaban los contactos directos.

Este tipo de recluta primaria requería ante todo "individualizar la miseria". Zonas superpobladas, períodos de desocupación agrícola, prolongadas sequías, pérdida de una cosecha, abrían coyunturas propicias para una prédica oportunista que ofrecía una alternativa al desaliento. Respecto a la modalidad operativa habitual, quizá ningún testimonio sea tan expresivo como el relato de un juez de paz de Pauillac (Bajos Pirineos). Los agentes, según este funcionario, vienen a los pueblos de montaña donde generalmente operan los domingos a la salida de misa. La seducción es bien simple y solo requiere la artimaña de dos reclutadores: uno de ellos pasa por ser un extranjero bien vestido, adornado con reloj y gruesa cadena de oro. "Fácilmente llamativo en ese medio aislado de gentes simples, es rodeado en seguida por todos y comienza a exhibir con afectación algunos doblones de oro; luego aparece un compadre, un paisano que explica cómo este hombre no poseía nada hace dos años; cómo se marchó a América donde hizo su fortuna; cómo en esta nueva Eldorado no hay más que agacharse para juntar monedas de oro, etc. Se dirige a gentes ignorantes y crédulas, que sufren, que sienten el deseo legítimo de ver mejorar su situación. Esa noche —concluye el juez— la familia se reúne en torno al hogar doméstico, delibera, y casi siempre resuelve la expatriación".

Por lo demás, el afiche llevó a todos los rincones la sugestión del nuevo mundo, pintada con colores que incitaban a la aventura. Un publicista italiano de la época así lo señalaba: "Con cada posta de correo se envían a los pueblos más apartados, afiches de toda índole, induciendo a emigrar. Por todos los pueblos, en la puerta de las tiendas, de la escuela, de la botica, los avisos tentadores llaman".

El periódico ejerció asimismo una viva influencia sobre los desplazamientos: la invitación a emigrar es lugar común en la prensa diaria de Génova, Marsella, Burdeos o Coruña, testimoniando al mismo tiempo la encarnizada concurrencia de las empresas navieras.

Primariamente, la propaganda se dirige a quienes están en condiciones legales de emigrar; pero también opera, con mayor discreción, sobre una vasta y oscura zona clandestina, donde se dan las formas más degradantes de este tráfico. La gama de emigrantes marginales es por cierto muy vasta: prófugos políticos, desertores o renuentes del servicio militar, enfermos y defectuosos; más atrás los extremos más sórdidos: niños exportados y vendidos como mercancía, delincuentes fugitivos, deudores fallidos, prostitutas al mejor postor... Embarcado sin documentación, o con pasaportes falsos, este elemento fue buena presa para la explotación más inicua: en Italia, las maniobras habituales consistían en cobrar pasaje correspondiente a un buque a vapor, y luego trasbordar al emigrante a una embarcación a vela; en otros casos el pago de pasaje anticipado en Génova no garantizaba el viaje hasta su término en Montevideo o Buenos Aires, ya que el inescrupuloso agente solo satisfacía una décima parte del billete al capitán, con lo cual el pasajero se veía desembarcado y abandonado en Marsella, primera escala de la travesía; tampoco era infrecuente embarcar hacia Nueva York los emigrantes dirigidos a Montevideo, con la promesa —no siempre cumplida— de un "pronto" traslado a su destino.

El negro bajel de los pobres

Hasta 1870 no existían más que dos líneas regulares de vapores entre Europa y el Plata. Las condiciones deplorables que caracterizaban a las embarcaciones de vela, mal adaptadas para el transporte de pasajeros a ultramar, contradecían la interesada propaganda de los agentes. Luego de esa fecha, el incremento es notorio. Buques ligeros con calado medio de 2.500 toneladas formalizaron un tráfico relativamente rápido mediante la puesta en servicio de 20 naves mensuales pertenecientes a líneas marítimas de distintos pabellones. La proliferación de agentes, y los crecientes gastos de propaganda, se descargaron sobre los pasajeros de tercera clase, cuyo tratamiento a bordo registra abusos y exacciones sin nombre. Así, las penurias de la travesía abultaron denuncias por malos tratos personales, alimentación insuficiente e higiene deplorable. La propagación de epidemias cobraba por lo demás un elevado tributo al amparo del hacinamiento y de la falta de atención sanitaria. La mayoría de las embarcaciones no sólo eludía la obligación legal de traer médico a bordo, sino que carecía a menudo de la reglamentaria aunque simbólica "caja medicinal".

En vísperas de la Gran Guerra y a pesar de la profusa legislación tutelar, todavía prevalecían muchos de los penosos tratos que caracterizaban aquellas "expediciones" de mediados del siglo pasado. "Lo negre vaixell dels pobres" a que alude la elegía catalana no es, después de todo, más que una imagen anticipada de las condiciones en que se produce la incorporación del inmigrante.

Un puerto nuevo y febril, [illegible]
gringo.



El impacto inmigratorio

En los umbrales del proceso

Los más tempranos intentos de promoción inmigratoria que recuerda el país se confunden con los azarosos inicios de nuestra vida independiente.

El plan del Ministro Lucas Obes, tan vasto como inaplicable, y la iniciativa de algunos comerciantes locales, concretan precarios ensayos que arrojan, no obstante, un resultado alentador. Canarios, vascongados y navarros formalizan los primeros contingentes que arribaron al amparo del primer acuerdo internacional de inmigración suscrito con España en 1835. La incipiente afluencia, pronto diversificada con dispares nacionalidades, anticipa ya en los años de nuestras primeras presidencias constitucionales la fisonomía cosmopolita de la capital. Tenderos y hoteleros franceses, consignatarios ingleses, changadores vascos y gallegos, imponen un ritmo inusual al puerto y a la ciudad, mientras agricultores procedentes de Piamonte y las Canarias comienzan a instalarse en chacras sub-urbanas.

Montevideo acusó entonces un acentuado crecimiento edilicio, comercial y artesanal; al empuje de la edificación uníase la explotación de las canteras de piedra, el establecimiento de astilleros de cabotaje, la proliferación de herrerías, platerías, carpinterías, cuyo movimiento expansivo determinó una apreciable alza de salarios.

Pero esta situación de privilegio, en buena parte debida a las restricciones que Buenos Aires aplicaba a la inmigración y al comercio libre, no pudo mantenerse cuando el ejército de Oribe acampó en las puertas de Montevideo. Las perspectivas de un estancamiento comercial y la formalización del Sitio provocaron una dispersión alarmante. La desazón del comercio, aparejó la emigración de extranjeros; se paraliza la edificación, merman las transacciones y se abate la demanda de brazos, mientras que en la campaña se malbaratan o abandonan granjas, chacras y mataderos. Inseguridad política y enrarecimiento económico empujan hacia Buenos Aires y el litoral argentino a colonos y propietarios.

A pesar del revés, las cifras del censo montevideano de 1843 consignan abrumadora mayoría de extranjeros: frente a 11.431 orientales, las restantes nacionalidades totalizan 19.252 habitantes. Italianos y franceses —alentados por su número y por la cuantía de sus intereses— organizan legiones defensivas, mientras los españoles son reclutados por ambos bandos sin mayores consideraciones. Pero los virajes diplomáticos derivados de la intervención europea en la Guerra Grande repercutieron sensiblemente en la afluencia migratoria. El bloqueo anglo-francés de Buenos Aires volvió a concentrar el tráfico marítimo del Plata en Montevideo, abriendo un próspero paréntesis que se cierra cuando las cancillerías de Londres y París convienen el retiro de la flota: en 1849, "todo el mundo se va a Buenos Aires" como lo señalaba entonces Manuel Herrera y Obes.

El fin de la Guerra Grande señala para nuestro país el advenimiento de una etapa de consolidación institucional y de recuperación material estrechamente tutelada por las exigencias de los mercados externos.



Arquitectos europeos diseñaban una desaforada utopía para el Montevideo que crecía a la buena de Dios. (Galería proyectada para unir las plazas Constitución e Independencia).

El Estado liberal se consolida

El Río de la Plata, como se sabe, acusa luego de 1852 la incidencia de la coyuntura internacional, cuyas exigencias tienden a imponer, a la vez que la consolidación de un sistema productivo local, una creciente dependencia sobre la modalidad de intercambio a que nos relega nuestra condición de exportadores de bienes primarios.

La inmigración es una pieza fundamental de la política libreempresista que preside el desenvolvimiento económico del Uruguay en la segunda mitad del siglo. Aportará a veces capitales, o generalmente, brazos y esfuerzo convertibles en mano de obra eficiente y barata. Inmigración generalmente espontánea, con mínima intervención del Estado, asimilará un conglomerado desigual, cuya fisonomía y aptitudes reflejan las contradicciones sociales de las regiones de procedencia.

En el ambiente de concordia nacional propiciado por la política de fusión, durante los primeros tiempos de la presidencia de Giró, se emprendieron diversos planes de desarrollo rural que cuajaron con la instalación de algunas granjas experimentales y con variados ensayos de repoblación ganadera. Las distintas medidas entonces ensayadas para atraer por la vía inmigratoria núcleos estables de población, fueron financiadas por entidades privadas. En este caso, teniendo en cuenta la escasez de tierra pública y los inocultables fines de lucro perseguidos mediante la incorporación de tales contingentes, los resultados revelan un saldo promisorio.

Pese a todas las circunstancias adversas derivadas de la inestabilidad política y de las estrecheces económicas, el censo de 1860 arroja un rotundo crecimiento global. La población



El Hotel de Inmigrantes. Poderosos empresarios saciaron aquí su primer hambre americana.

general del país casi se ha duplicado en una década (131.969 en 1852, 221.243 en 1860) pero la relación entre orientales y extranjeros también se ha modificado: de un 21,6 % de extranjeros en 1852, asciende al 35 % en el 60. (19.106 brasileños, resultado de la penetración fronteriza, 18.337 españoles, 10.055 italianos, 8.891 franceses). El fenómeno de concentración inmigratoria en la capital seguía en sensible aumento. Montevideo contaba en 1860 con 48 % de extranjeros y 52 % de nacionales. Es decir que el proceso de macrocefalia se ha intensificado. Y este crecimiento de Montevideo, en detrimento del campo, determinará una hipersensibilidad a las crisis económicas, acusadas con creces por su flotante mano de obra que, carente de colocación industrial, generará una concurrencia de efectos depresivos sobre los salarios y las condiciones del mercado de trabajo mientras departamentos agrícolas, como San José y Colonia, alcanzan densidades ínfimas (2 y 3 habitantes por km. cuadrado).

El gobierno de Berro, aunque apegado al temperamento liberal de inmigración espontánea, promueve iniciativas de planificación colonizadora y es durante este período de paz, previo a la Cruzada de Flores, que se materializa con el aporte de algunos capitalistas de Basilea la instalación de agricultores suizos en el departamento de Colonia.

La guerra del Paraguay, que convirtió al Puerto de Montevideo en abastecedor de los ejércitos aliados, aparejó un momento de auge económico febril. Al amparo de esa coyuntura, que se traduce en aumento considerable de las exportaciones, en fuertes especulaciones financieras, en inversiones significativas de capitales, en incremento de la edificación urbana, el Uruguay ofrece un campo promisor para el inmigrante. Si bien la administración de Flores, también consecuente con el *laissez-faire* inmigratorio, elude la intervención directa del Estado, la Comisión de Inmigración inicia una activa propaganda por intermedio de los cónsules uruguayos en puertos y ciudades de la región mediterránea. Promovido por tales solicitaciones se abre un período de afluencia continuada y heterogénea que señala algunos cambios sustanciales en el proceso.

Por lo pronto, es un hecho la declinación de Francia como país proveedor de inmigración en virtud de las medidas restrictivas que aplica su gobierno ante la alarmante despoblación que afecta a los Bajos Pirineos. Por otra parte, la agudización del pauperismo y del malestar político en España e Italia, estimuló una emigración masiva hacia ultramar; el Río de la Plata, promesa de pan y trabajo, recibirá buena parte de tales contingentes.

Aquella inmigración italoespañola, sobre todo italiana, que llega al despuntar la guerra del Paraguay introducirá junto a jornaleros y agricultores en minoría, un abigarrado aluvión de desocupados y desvalidos, población trashumante de villas y muelles, marginales sin oficio a los que se suman publicistas liberales, emigrados carbonarios, seguidos de aquella corte famélica de músicos ambulantes, limpiabotas, ciegos, inválidos y mendigos que comienza a inquietar a la burguesía dirigente de ambas capitales del Plata. Es notorio el contraste con la precedente inmigración italiana, la de las postrimerías de la Guerra Grande que proliferó en las pequeñas huertas de las afueras de Montevideo o fecundó las colonias agrícolas del Rosario Oriental.

Diversas circunstancias empujan este proceso: la ineficacia de los controles consulares sobre profesión, la desenfrenada codicia de los propietarios que fomentan la concurrencia para abaratar la mano de obra, la gestión de los contratistas propulsores de la "colonización a 20 pesos por cabeza", verdaderos empresarios de ganadería humana, como les ha llamado Martínez Estrada. La suerte de las armas garibaldinas también incidirá en este proceso acelerado, al provocar a fines de 1867

el licenciamiento y exilio de milicias enteras. Su presencia bullíciosa hará decir al cónsul de Francia: "Parecería que no pudiendo tener Roma quieren indemnizarse con Montevideo".

De rápida asimilación, este inquieto elemento se repartirá preferentemente en filas del ejército, o en las faenas de la chacra o el cabotaje, proliferando en conventillos y chiribitiles del puerto, el Cordón o las cercanías del Mercado. Su pronta adhesión al coloradismo tras la tradición garibaldina, estimulada por la protección del general Flores, pretextará que en las asambleas políticas de 1868, en el Teatro Solís, se acuse a los electores de constituir "una banda de jornaleros napolitanos". Flores les concedió, es cierto, bajo la condición de vecinos o habitantes, el derecho a sufragar en las elecciones locales de 1867, paso previo a su incorporación a la Guardia Nacional.

Luego de la Paz de Abril de 1872, diversas sociedades formadas por comerciantes y hacendados repetirán nuevos ensayos oportunistas y lucrativos, en hábiles combinaciones con los concesionarios de ferrocarriles que determinarán repentinas valorizaciones de tierras, gestando un clima de inflación inmobiliaria. Concebida teóricamente por los grupos liberales como un paliativo de males sociales, la inmigración, inscripta de hecho en el régimen de libre empresa, vino a servir ante todo a los intereses de una clase privilegiada por su situación económica, cuyos planes e iniciativas muchas veces contradijeron auténticas necesidades del país.

En Montevideo, en 1873, además de la Oficina Central de Inmigración, existían siete agencias privadas destinadas a recibir y colocar a los inmigrantes en las diversas ocupaciones: la inmigración nuevamente está en alza. Pero la pérdida de cosechas y una fuerte mortandad de ganado arrojan a fines de ese año un déficit agropecuario estimado en casi diez millones de pesos. A la serie de quiebras repentinas sucede luego un descenso de precios con restricción del mercado importador y una alarmante depresión financiera que, paralela a la crisis argentina, culminará en 1875 con la liquidación de los Bancos Navia y Mauá. Ese mismo año, que había despuntado con el "Motín de enero" y la caída de las instituciones, aparejó luego un abatimiento general, amagos de curso forzoso y estancamiento de los negocios.



Gallegos y genoveses, provenzales e irlandeses despueblan Europa. Hacen la América en todos los sentidos.

Modernización y resabios coloniales

En lo político, el militarismo en ascenso anunciaba la época de los gobiernos fuertes, con restricciones a la prensa, los partidos y la opinión pública; en lo económico, el país entraría en cambios sustanciales. Pacificada brutalmente la campaña, una austeridad prepotente jalona el avance del progreso material. Ahorro es la palabra de orden. Ahorran el Estado y los particulares, prosperan la ganadería y el comercio al tiempo que también se acentúa la dependencia respecto de las formas técnicas más avanzadas de la civilización europea. Se ha dicho que es ésta la etapa de liquidación de la economía patriarcal, apurada bajo el impulso de la Asociación Rural, mediante el alambrado de los campos y el incipiente desarrollo de la red ferroviaria, la transformación de los métodos agropecuarios, y la persecución de gauchos y vagos, recluidos por igual al último escalafón de la sociedad uruguaya.

La inmigración, casi paralizada hacia 1875, comienza a despuntar lentamente luego de la Revolución Tricolor en la medida del afianzamiento del orden y tras ciertos estímulos en favor de la colonización. El alambrado de los campos había motivado una notable disminución de peonadas: arreadores, atajadores y agregados, por cientos, son el sobrante humano de la estancia progresista. Rechazados de un pago a otro, deambularán por la campaña y los más, desocupados y sin domicilio, engrosarán los cuadros de los "vagos y malentretenidos", las bandas de contrabandistas y cuatreros. Contra ellos, sin establecer diferencias, se aplicará con saña ejemplar la persecución policial mediante el rigor del cepo colombiano o la leva para los batallones urbanos.

Hacia el 80 se abre un cierto compás de transición entre la inmigración espontánea y el régimen que iniciará la ley de 1890, con contratación oficial, reglamentaciones y organismos de inspección. La Asamblea General aprueba una ley que autoriza al Ejecutivo, por intermedio de una Comisión de Inmigración y Agricultura, a prestar su concurso subsidiario a iniciativas privadas de colonización. Se accede así a





El espacio sabiamente disminuido y la promiscuidad del gringo y el criollo. En el conventillo nacieron el sainete y el tango y la solidaridad de clase de los pobres de la ciudad.

una política de concurrencia mixta, con concesiones y donaciones de tierras subdivisibles en chacras, adelantos sobre los pasajes de los colonos y otras facilidades que el Estado semi empresario concede por sí o acuerda a compañías, sociedades anónimas o particulares. La práctica de este sistema fue sin embargo deplorable, incubándose con él especulaciones inmobiliarias desenfrenadas a cambio de pobres resultados. Al influjo contraproducente del interés privado vino a sumarse la caótica situación jurídica de la tierra pública (indeterminación de su extensión, múltiple fraccionamiento, proliferación de usufructuarios, arrendatarios y detentadores) para malograr, en los hechos, esta aparente solución al problema de la colonización.

Montevideo, entre tanto, crecía con ritmo sostenido por las migraciones del interior y los aportes de la inmigración europea. El censo de Nicolás Granada, de 1884, subraya su condición cosmopolita con un 45 % de extranjeros; según Wonner, los italianos constituyen en ese momento el 20 % de la población de la capital uruguaya; el 25 % de los italianos son propietarios por un valor de más de 25 millones; los españoles poseen un total estimado en algo más de 12 millones, mientras que los franceses orillan los 9 millones.

Desde los últimos tiempos de Latorre y pese al malestar político reinante, el capital retraído comienza lentamente a fecundar algunos rubros de una incipiente manufactura. En la industria liviana, si bien decae el ramo molinero se suceden nuevas explotaciones. En 1879 se funda la Liga Industrial denotando la existencia de múltiples establecimientos.

En la capital la concurrencia del inmigrante gravitará junto a la mano de obra nacional, en otras tantas industrias: las fábricas de muebles y carruajes cómo la de Giorello; los talleres de calzado de Marexiano, donde por primera vez se da entrada a la mujer en el personal obrero; las once curtiembres de Nuevo París que ocupan más de un centenar de operarios; las barracas de lana y los diez saladeros donde trabajan 3000 obreros. Se insinúa por entonces la existencia de un proletariado urbano cuya conciencia gremial se gesta eñ tempranos movimientos huelguísticos hacia 1885.

Las casas de inquilinato, que alojarán a buena parte de estos jornaleros, se vienen multiplicando en Montevideo. Los estados policiales de la época denuncian en los conventillos el predominio absoluto de los extranjeros, en su mayoría italianos y españoles. Para los ahorristas a porfía y los propietarios a largo plazo, Piria hará accesible la módica ambición del solar, la casa o la casilla propia, en suburbios montevideanos de resonancias gratas al inmigrante: pueblo Víctor Manuel, villa Pío Nono, pueblo Gambetta, barrios Castelar o Garibaldi.

Los altibajos de la dependencia externa

Una serie de cambios se producen entre el 86 y el 90, época de transición hacia el Uruguay moderno. Cambios institucionales y políticos apurados en los tres episodios de 1886 (Revolución del Quebracho, atentado contra Santos, Gabinete de la Conciliación), capitalizados a su favor por la burguesía liberal de Montevideo y dirigidos hacia un civilismo de círculos cerrados que, a pretexto de liquidación de la oligarquía de cuartel, consolida una democracia de gabinete, pródiga en postulados doctrinarios, aunque cada vez más hermética ante la opinión popular. Cambios económicos momentáneos, con el abandono de la cautelosa expectativa que el capital había observado en los años anteriores al 86 y su tumultuoso reflujo a los cauces comerciales y financieros. Cambios económicos en el sector productivo, agudizados por el conflicto saladeril con la aduana brasileña (1887) y la abolición de la esclavitud en ese país (1888), hechos que aparejaron un desastroso impacto a la industria tasajera, cuyo derrumbe paulatino amenazaba la fuente principal de exportación. Cambios materiales —sobre todo en la capital— con la extensión de la red de tranvías y los primeros ensayos de luz eléctrica, el creciente desarrollo edilicio, el rápido adoquinado de la ciudad y alrededores, e importantes mejoras en el sistema vial, aguas corrientes, asistencia pública domiciliaria. Cambios sociales, con una sensible diversificación horizontal derivada del ascenso de una clase media y de la definición de un insinuante proletariado. Cambios demográficos con fuerte incremento de los núcleos de población urbana, ineludiblemente vinculados al aporte inmigratorio, ajustan por último las líneas de este cuadro donde asoman, potencialmente, algunos rasgos históricos del Uruguay actual.

La inestabilidad preside el proceso económico de esos años. Es la era propicia del capitalismo inversionista asociado a los nombres de Reus, Casey, Dupuy o Drabble. La inflación impulsa todos los valores. Las importaciones ascienden verticalmente entre 1887 y 1890, en desigual medida que las exportaciones, arrojando la balanza comercial un saldo desfavorable de casi 22 millones. El incremento de los consumos hace elevar cada vez más los precios hasta las postrimerías de 1889. La industria hace algunos progresos al amparo de la fluidez del mercado consumidor; pero son las actividades comerciales y sobre todo las operaciones bursátiles los factores primordiales de aquel "carnaval de especulación y de locura". Se desencadena una verdadera quimera del oro, excitada por las diarias cotizaciones de la Bolsa, en tanto que la edificación cobra en Montevideo un ritmo insospechado, dentro del cuadro de la alta valorización de la propiedad inmueble. La demanda de brazos crecía elevándose los salarios, tras la curva ascendente de precios. Los saldos migratorios, a tono con semejante desenvolvimiento alcanzan cifras hasta entonces desconocidas: 4.136 en 1887, 15.782 en 1888, 25.494 en 1889, sumando en los umbrales de la crisis un aporte total de 45.502 extranjeros para el trienio 1887-89. Según el censo municipal de Montevideo de 1889, de cada 1000 habitantes de la capital, 531 eran orientales y 469 extranjeros.

Sin embargo, la aventura fue efímera. La crisis del 90 aventó el oropel financiero con hechos de decisiva resonancia: la mortandad del ganado ovino, la caída de los precios de exportación y la depresión de la faena saladeril, significaron otras tantas respuestas inesperadas que dislocaron los cálculos del Banco Nacional y de la casa Baring con un epílogo desastroso.

La inmigración volvió a sufrir los efectos del revés, sensible en la restricción del crédito, en la disminución del consumo, en la paralización comercial y, desde luego, en un sobrante de mano de obra que satura la concurrencia o promueve le reemigración. Con todo, nuestro crecimiento migratorio se mantiene más o menos estacionario entre 1893 y 1900.

Los años iniciales del siglo encubren una decisiva coyuntura en el desarrollo de la economía uruguaya. Su signo histórico lo constituye la aparición del frigorífico, que avanza una etapa de transformación pecuaria destinada a revolucionar la industria ganadera. La pacificación del país, luego de Masoller, promueve asimismo, bajo el gobierno de Batlle, un rápido desarrollo de las fuerzas de producción que se refleja en el auge de industrias livianas, construcciones y servicios públicos, y una fuerte demanda de brazos para abastecer, en buena parte, las necesidades de la naciente explotación frigorífica. Este panorama, desde luego, redundó en estímulos llamativos para la mano de obra extranjera, favorecidos por la política de puertas abiertas que practicó Batlle y traducidos en saldos migratorios de crecimiento vertical: 3.652 para 1904, 13.099 para 1905, 14.263 para 1906, 19.663 para 1907. Es la época en que la emigración europea se vuelve fuente de flete para las compañías marítimas. El aumento inmigratorio se estabiliza, y salvada la depresión de 1910, el movimiento continuará con ritmo favorable hasta la brusca detención de 1914, cuando la guerra mundial impone una pausa estacionaria para asumir una franca recuperación en 1918, con crecimiento sostenido hasta la crisis del 30.



La peor inmigración: el Banco Extranjero. (Edificio construido para sede del Banco Inglés)

Se cierra el proceso

La primera postguerra acusa un alud numérico de considerable volumen. En 1919 y 1930 las cifras absolutas se elevan a 195.844. La afluencia de este decenio configura, hasta nuestros días, la última gran etapa de inmigración espontánea, cumplida de hecho con mínimos estímulos oficiales. Su aporte humano ahora estará caracterizado, fundamentalmente, por la variedad de nacionalidades, explicable en la medida de los reajustes políticos y las penurias económicas que se operaron en el mundo europeo luego de 1918. Fuera de los mayoritarios contingentes habituales (italianos y españoles), una oleada de polacos, rumanos y bálticos, servios y croatas, alemanes y austrohúngaros, sirios y armenios, inscribe en el medio una nota de inusitada diversificación cultural y religiosa. Los judíos, caudal de significación en los años 20, se formalizan como "ishuv" en esta década. Su procedencia geográfica señala una variada gama de orígenes: del centro europeo, Transilvania o los Cárpatos, ya del sector "ashkenazim" o "sefaradim", constituyen un aporte comunitario muy definido. Dotados de rápida movilidad económica y de aptitudes industriosas relevantes, estos elementos son absorbidos por la artesanía y el comercio de la capital o ciudades del interior. Paralelamente van conformando una colectividad de fuerte cohesión racial y bajo grado de asimilación, establecida tempranamente en el antiguo barrio Reus y luego esparcida en torno a la ciudad vieja en múltiples faenas de distribución. El medio rural uruguayo les fue adverso, y las iniciativas judías de colonización agrícola debieron afrontar duras condiciones que determinaron su fracaso.

El colapso mundial de 1929 y su inevitable incidencia sobre la balanza de comercio, la depresión económica y la crisis institucional del 31 de marzo de 1933, suponen un viraje radical en la afluencia migratoria. La creciente intervención estatal que, a través de diversas medidas restrictivas y discriminatorias culmina en 1936 con la llamada "ley de indeseables", configura el ocaso de la inmigración espontánea al país, apurado por una política que, como ha observado Carlos Quijano, se resuelve en estrictos términos policiales.

El proceso de la inmigración masiva, al modo como lo concibió y propició el Estado liberal, toca a su fin al cabo de estos años.



Hospital Italiano. Con la patria a cuestas el inmigrante procreó innumerables círculos, escuelas, mutualistas, templos, hospitales y cementerios.

Gringos y criollos

La psicología dominante en los grupos inmigratorios de masa se subordinó férreamente a los objetivos que habían determinado su cambio de *habitat*. "Hacer la América" —imagen que cobró fuerza de impulso vital tras la expectativa que prometían los países nuevos— define un móvil obsesivo al cual apuntan todos los afanes: la sobreestimación del éxito económico confirmó una mentalidad en la masa de inmigrados que sin duda poseía las cualidades primarias para alcanzar esa meta. Ante todo, los recién llegados traen hábitos de trabajo y sobriedad adquiridos en regiones empobrecidas o de economía intensiva, donde la lucha por la existencia se daba en términos recios, lo que depara posibilidades potenciales de éxito en países poco poblados y de economía extensiva. Su propia condición de desarraigados —extranjeros en ambos mundos, infieles a ambas patrias, según Sarmiento— estimula su comportamiento en el plano económico: el cambio de *status* también promete una defensa contra la presión del medio adoptivo. Se trata de compensar el sentimiento de desamparo y minusvalía inicial con la satisfacción de crear una economía en la que pudiese predominar.



Un inmigrante francés, Julio Mailhos, funda en 1880 una fábrica de cigarrillos y una fortuna legendaria.

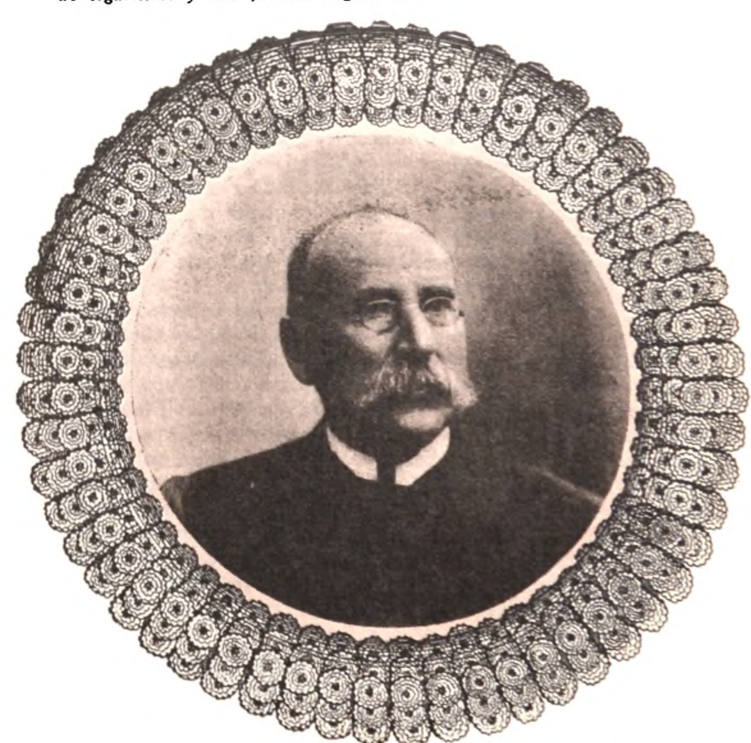
Las resistencias a la hibridación

La proyección social de esta actitud configura uno de los aspectos esenciales del enfrentamiento cultural que aparejó el proceso migratorio en el Río de la Plata.

La presión de los extranjeros y sus ideales prácticos contrastan por de pronto con los hábitos tradicionales del sector hispano-criollo, que suele mirar con recelo las virtudes y las urgencias de los gringos.

La indolencia de la masa criolla es quizá solo la forma exterior de una filosofía vital que admite la pobreza sin miseria, a cambio de disfrutar aquellos otros bienes esenciales que Hudson invocó en su *Tierra Purpúrea*. El desinterés último por la posesión de bienes materiales o el individualismo que se identifica con la libertad agreste de cielo y campo abierto, conforman la contracara social del trajín y las apetencias del inmigrante. Es en esta clase nativa, en sus estratos más modestos, dotados de una mentalidad pastoril pre-capitalista, donde se manifiestan las más agudas reacciones frente a la oleada inmigratoria y a los cambios aparejados por la modernización de las estructuras rurales.

En la ciudad y el suburbio, el criollismo comienza a hibridarse con la actitud vital del gringo: el empuje de una clase media que ejemplifica el ascenso social derivado del éxito económico, abrevia la adhesión a los nuevos ideales. Por lo demás, la sobrevivencia de la mentalidad tradicional en el medio urbano es amenazada por los hábitos de consumo



En 1843, un piloto catalán fundó una de las más antiguas casas comerciales uruguayas. Desde 1868, su hijo Pedro Carrau, la transformó además en una de las más poderosas.

de la burguesía portuaria dependiente del comercio ultramarino y sometida a un acelerado proceso de europeización.

Las clases altas, sobre todo rurales, perpetúan el acervo del viejo criollismo. Es en ellas donde se perciben en mayor grado las notas de un estilo de vida patriarcal caracterizado por el culto del ocio y la ausencia de obsesivas preocupaciones económicas.

De todos modos, el enfrentamiento fue desigual y el desenlace previsible. Impulsos más audaces, frugalidad y capacidad de iniciativa y, en la base, el propio curso de la evolución económica, facilitaron la adopción del programa del grupo inmigratorio, que además de prometer la riqueza abría una ancha vía para el ascenso social de un vasto conglomerado.

Imposición que tampoco fue rotunda ni definitiva, ya que coexistieron de hecho, en medio de fuertes tensiones, los ideales criollos y los de la masa extranjera, definiendo una vasta zona conflictual entre las viejas y las nuevas formas de vida. Las reacciones asumieron en el último cuarto de siglo diversas expresiones de rechazo, comunes por lo demás a ambos países del Plata, aunque dispar haya sido su respectiva intensidad. (José L. Romero, El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX).

Los matices sociales del desprecio



Por aquí irrumpió la canzonetta, la tallarinada dominical y el cocoliche.

En el caso de la alta clase urbana, la actitud de desprecio al gringo fue por lo pronto muy discriminatoria desde que no abarcó a todos los extranjeros y excluyó expresamente a los grupos inmigratorios de *élite* (ingleses, franceses) vistos como avanzada de la civilización europea. En cambio, se evidenció con encarnizamiento frente a los italianos y en menor grado frente a los españoles, cuya procedencia social y apetencias económicas, denunciaban aquella condición de "arribante", que motivara el desdén de Sarmiento.

La correspondencia de los representantes franceses en nuestro país, subraya una y otra vez la repulsa que el elemento italiano provoca en las clases dirigentes montevideanas: *aventureros, mala ralea, inmigración detestada,* son las expresiones que consignan al respecto los despachos del Cónsul Maillefer y asimismo los de sus colegas Doazan o Monclar. Hacia 1890, otro diplomático francés, el conde de S. Foix dedica un documentado libro a nuestro país, producto de sus impresiones personales al cabo de una residencia de cinco años. Al evocar la estructura y los hábitos de la vieja sociedad oriental señala: "Era hace algunos años bastante cerrada, pero muy respetable y plena de dignidad castellana, viviendo a la española, profesando un cierto desprecio por el gringo, es decir por el extranjero que trabaja y se enriquece".

Entre los órganos de prensa, el diario más representativo de la opinión ilustrada urbana —El Siglo— se pronunció en distintos momentos frente a la penetración italiana de hábitos y costumbres, deplorando su avance social inexorable; en 1888, al amparo de la onda de malestar que se levanta en todo el Río de la Plata ante la política exterior de Crispi, propicia una abierta campaña anti-italiana.

No deja de ser sugestiva la viñeta que un costumbrista contemporáneo —Arturo Giménez Pastor— dedica a los italianos que corren tras los remates de Piria, satirizados con ironía mordaz por su afán de aspirantes a propietarios. En este caso, la reacción del elemento nativo alimenta una frase que condensa todo el desdén que inspiran los gringos a los mozos que se aburren en la vereda del Club Uruguay: "En cambio el criollo, que ha heredado la indolencia canaria y la recelosa reserva indígena, mira pasar los coches de trenvía, llenos de italianos; se ríe de los italianos, se ríe de Piria, de los pasteles a la *carnona,* de los terrenos en el "riñón de la ciudad"... y no llega a propietario sino por herencia (lo cual es muy raro) o entrando en la política (lo cual ya no es tan raro)". (*Mi Montevideo,* 1898).

Dentro de esta línea de rechazo intelectual, los años finiseculares asistieron a diversas manifestaciones de xenofobia nacionalista. En Argentina, toda una serie de textos subraya la vigencia de esa actitud, uno de cuyos tempranos portavoces, Sarmiento, fuera, años atrás, el promotor más entusiasta del alud inmigratorio. La novela urbana de Martel *(La Bolsa),* o de Cambaceres *(Los inmigrantes prósperos; En la sangre);* el drama rural de Payró *(La Sangre de los otros)* o de Sánchez *(La Gringa);* los ensayos de Rojas, Ayarragaray o Lugones, acentúan desde distintos ángulos la preservación de los valores nacionales amenazados por el cosmopolitismo europeo. Para el caso uruguayo, nuestra gama testimonial es menos nutrida y también menos enconada, en parte quizá por la dispar magnitud del impacto. Entre las reacciones más típicas cabe destacar aquí la actitud de José E. Rodó quien formula en *Ariel* su alarmada demanda contra "la influencia inmigratoria que



Desde muy temprano, el Barrio Reus fue el asiento de la inmigración judía consolidada en la decada del 20.

se incorpora a un núcleo aún débil". La formulación nacionalista (que proviene en este caso precisamente de un hijo de inmigrante) asume un cariz aristocratizante y selectivo ante la alarma que le provoca "la degeneración democrática, que ahoga bajo la fuerza ciega del número, toda noción de calidad". El "arielismo" que salía al paso de todo apremio materialista, y por ende enjuiciaba la psicología del extranjero advenedizo, constituyó una de las consignas de nuestra generación del 900, y aportó elementos, para la definición de un sentimiento nacionalista muy atenuado luego por la propia evolución social y política del país. Desde luego, en el caso de Rodó el nacionalismo no se limita a la defensa ante la ola inmigratoria sino que, por sobre todo, es erigido como un baluarte espiritual frente a Estados Unidos y el practicismo norteamericano.

En otro plano de la escala social, la reivindicación del espíritu criolló conoció en las clases populares sus formas más agresivas e irracionales, así como sus páginas literarias y folklóricas más coloridas.

El recrudecimiento de la violencia contra los inmigrantes constituye tema obligado de los informes consulares de Buenos Aires, Rosario de Santa Fe y Montevideo durante el período del alambramiento intensivo en el Río de la Plata. Los atentados contra colonos italianos en Cañada de Gómez, el exterminio en masa de franceses en Tandil; o en nuestra propia campaña, en época de Santos, los incidentes de Paso Hondo y Corrales, los resonantes asesinatos de Sánchez Caballero y Sarassina, las vejaciones que sufren los italianos residentes en Durazno o el malestar de la colonia italiana cuando el episodio de Volpe y Patrone, revelan el grado de agresividad que despierta en esos estratos la "invasión gringa".

Desde Hernández a los payadores populares el estigma al extranjero es un lugar común del romancero criollo: el gringo ha venido para explotar o desplazar al paisano, tal como lo representa Obligado en el "Juan sin ropa" de *Santos Vega.*

Nuestra literatura gauchesca confirma, abierta o tácitamente, las dimensiones del conflicto. Basta aludir a la narrativa de Javier de Viana *(Campo, Gaucha, Cardos, Yuyos)* algunos de cuyos personajes transuntan la psicología del antiguo paisano arrinconado por el progreso, que arrastra una existencia miserable en la orilla sub-urbana.

Un olvidado cuento de juventud de Benjamín Fernández y Medina (*El Ferrocarril*, 1885), pone énfasis en otras formas de rechazo de la civilización europea. Hasta los lejanos pagos de Paso de los Toros llegan en 1885 las avanzadas del progreso material, telégrafo y ferrocarriles. La desconfianza de los paisanos y la justificación de sus primitivos e irracionales recelos hacia tales "intrusos" pretexta aquí una página bien expresiva de la obstinada resistencia que la campaña opuso al proceso modernizador de entraña capitalista. El alegato final de los paisanos bien merece la cita: "Estas invenciones del ferrocarril o del telégrafo son la desgracia de la campaña. Desde que hay ferrocarriles en nuestra tierra hay epidemias y calamidades; se mueren los ganados y todo se arruina; y además las empresas son extranjeras que vienen a explotar el país para llevarse su riqueza". Una imagen impagable asoma luego, en el epílogo del cuento, cuando las primeras partidas revolucionarias de 1886 desahogan su odio contenido —ludditas a caballo— contra los postes y los hilos del telégrafo.

Factores sociales de asimilación y marginalidad

En Montevideo —como, a su medida, en Buenos Aires— el proceso de integración apuntaba a la formación de un conglomerado híbrido de donde se nutría la clase media urbana. Aquella clase media por la que clamaba Bauzá en 1876 había nacido. Su bautismo de fuego fue la crisis del 90, que descargó sus calamidades mayores sobre la población de la capital.

Dentro del marco de esa crisis, el civilismo gobernante formula en 1893 un planteo que desconoce los derechos políticos de una insinuante masa popular en ascenso. La doctrina de "la influencia directriz" proclama sin ambajes el derecho de la élite dirigente a conservar sus posiciones de privilegio tradicionales amenazadas en la base por el aluvión inmigratorio, cuyo instinto democrático rechaza la misión paternalista que se abroga el "círculo" de Julio Herrera y Obes. Sobre esos grupos disidentes y marginalizados por "el colectivismo" se operará en el partido colorado una lenta evolución, luego canalizada a su favor por la fracción de Batlle, en cuyo programa confluyen aspiraciones de la clase media y de los sectores populares, legitimando la movilidad social por el camino del éxito económico. El sentimiento antioligárquico ha posibilitado, como en la Argentina de Juárez Celman, la cohesión política de un ancho conglomerado de criollos, inmigrantes e hijos de inmigrantes, abreviándose por esta vía su integración a la vida nacional. Con bastante razón, y sin ocultar su resentimiento, un congreso blanco de comienzos de siglo denunciaba al coloradismo como el partido de los inmigrantes...

También otros factores de distinto signo, operaron sobre el proceso de hibridación. En el seno de las colectividades extranjeras, se pretende perpetuar el espíritu regional, el dialecto comarcano, las manifestaciones populares que evocan la cultura de la comunidad de origen: el canto, los bailes, la representación teatral, o aun la simple reunión en torno a la mesa de juego. A través de ese cotidiano contacto en el Círculo Napolitano, en la Casa de Italia, en el Centro Gallego o en el Centre Catalá, y por encima de pequeñas rencillas de campanario, alienta la implícita exaltación de la "patria lejana" —idealizada por la distancia— que viene a configurar también una forma de solidaridad y de defensa contra la presión del ambiente. Fuera de las sociedades recreativas o de beneficencia, la prensa de la colectividad y los centros de enseñanza jugaron un importante papel en la cohesión cultural de los grupos inmigrados, mediante la preservación del idioma, las costumbres y las tradiciones vernáculas. Contaron en esa empresa con el apoyo moral y económico de las respectivas Legaciones que a menudo subsidiaron con generosidad periódicos, colegios y centros sociales.

Frente a estas situaciones que retardaban la asimilación trabajaron en sentido contrario otras fuerzas tendientes a disolver el carácter marginal de los grupos inmigratorios proletarizados. Para el caso de los italianos, de los españoles o de los vascos, obraron de hecho estímulos eficaces en favor de la integración. Ante todo, la inmigración de condición modesta es refractaria a la Legación (ni siquiera se inscribe en sus registros de nacionalidad), y tampoco suele vincularse a los centros sociales de la colonia. Por lo demás, los matrimonios mixtos y la escuela pública —gratuita y obligatoria— acrecen las distancias con "la madre patria"; igualmente la militancia en los sindicatos, y las reivindicaciones del movimiento obrero; las ideologías disidentes (republicanismo, anarquismo) de amplio arraigo entre los inmigrantes italianos y españoles de humilde extracción, acentuaron asimismo el desentendimiento o la indiferencia hacia la colonia y las autoridades diplomáticas.



El lenguaje orillero, híbrido de criollo y gringo y su legado más puro: el tango.

Gringos y cultura popular

El ingreso del inmigrante al mercado de trabajo aparejó a menudo su proletarización, pero no es menos cierto que los oficios asalariados, y sobre todo la especialización artesanal, asumidos en términos de agresiva preocupación económica, abrieron una alternativa a la situación inicial de dependencia, muchas veces legitimada por el ascenso social.

Para un vasto sector de desamparados —que incluía a los recién llegados en aquellas condiciones, y a una masa flotante de oscuros buscavidas sin oficio, o de fingidos y auténticos agricultores rechazados por el agro— el borde urbano fue escala o destino donde convivieron las peripecias del inmigrante con las decepciones del criollo en retirada. Daniel Vidart ha explorado con simpatía y talento esa zona de confluencia, tan propicia al "diálogo cultural", y que el conventillo enriqueció con el escenario y los personajes de su propia Comedia Humana. "Gaitas" y "gringos", junto a un mosaico de tipos orilleros compartieron allí los afanes cotidianos de un mundo marginal, recreado con los colores del sainete, el tango y la lírica lunfarda. Los "bachichas" de Vaccarezza o los "tanos" de Pedro Rico, el Cocoliche de Podestá, los versos rantifusos de "Yacaré", las letras de Aprile y Carlos de la Púa condensan toda la gama emotiva de situaciones originadas en aquel heterogéneo grupo social despreciado por la oligarquía —que le llamó "la chusma"— y luego dignificado en el verso de Almafuerte. El teatro criollo buscó a menudo inspiración de la dualidad psicológica y vital que enfrentará a



extranjeros y nativos. Sánchez, Laferrere o Payró, entre otros autores, ejemplifican la vigencia social de esta veta temática. En un reciente estudio de Evi Camussi Calvi se lee al respecto: "el drama rural, analizado a través de sus progresivas transformaciones, es el eco más fiel de una doble crisis: drama del inmigrante italiano en su esfuerzo de aclimatamiento físico y económico al nuevo país; drama del nativo, que ve en el extranjero un potencial invasor, o por lo menos el responsable de una evolución demasiado rápida como para ser recibida sin contraste". (*Influenza italiana nella Cultura Rioplatense 1863-1915,* Montevideo, 1967).

Por lo demás, el lenguaje del suburbio acusará con creces los resultados de la coexistencia cultural: infinidad de voces nuevas, que se incorporan pronto a las letras de tango, dan cuenta de la hibridación acelerada del habla popular rioplatense, teñida en mayor grado por todos los matices regionales del idioma italiano. "Del genovés procede el mayor número de términos dialectales italianos pasados al español popular". El lunfardo, en fin, que nace en el arrabal como contraseña idiomática de la mala vida, "se nutre —como lo ha señalado Zannier— de la jerga dialectal de los inmigrantes". (*Ibid.*).

El legado gringo

Este complejo fenómeno de fusión social que surje del impacto de la inmigración europea en el Río de la Plata se cumple empero en términos de recíproca influencia. El elemento extranjero promueve la diversificación de la sociedad tradicional rioplatense e impone un estilo de vida que se contrapone y amenaza a la idiosincracia criolla, pero asimismo no es menos cierto que su impronta originaria ha sido captada y modificada por el medio adoptivo y por la sugestión ambiental que lo rodea.

Si la significación demográfica del inmigrante apunta una repetida certeza, más allá de su vaga obviedad censos y estadísticas descubren una insospechada magnitud cuantitativa que contribuyó a ajustar las transformaciones de la estructura social uruguaya. Su aporte es decisivo en la clase media, sobre todo urbana, a la que imprimió una fisonomía definitiva modelando sus apetencias, conformando su estilo vital.

El concurso humano e ideológico del elemento extranjero será igualmente decisivo en las primeras etapas de la organización sindical rioplatense, incidiendo en la gestación de una conciencia obrera, dentro de nuestro incipiente proletariado industrial. En la ciudad, los talleres y las fábricas de la industria liviana, los molinos y los saladeros, luego los frigoríficos, las compañías de tranvías y de carruajes de alquiler, las barracas o las empresas de construcción concentran un conglomerado de mano de obra con fuerte composición extranjera. Las tempranas asociaciones obreras de Montevideo surgirán a impulsos de la ideología anarquista introducida por sus voceros italianos, españoles, franceses —a veces argentinos— precediendo a la penetración organizada del socialismo. De sus cuadros surgen los dirigentes más activos de las sociedades de resistencia, de los incipientes gremios, o a partir de 1905, de la Federación Obrera Regional Uruguaya.

El sector productivo acusó igualmente el impacto transformador de la inmigración europea. La ganadería no constituyó un dominio propicio al inmigrante aunque muchos extranjeros —ingleses, franceses, españoles— hayan concurrido con su capital y su esfuerzo al progreso de la explotación pecuaria, y aunque los mercados mundiales hayan impuesto transformaciones técnicas de cuño europeo. Pero es en la agricultura donde el extranjero imprime un cambio cualitativo esencial en las faenas del campo uruguayo. Las colonias de inmigrantes, desde sus comienzos, emprenden audaces ensayos con plantaciones de tabaco, arroz, vid, remolacha y algunos olivos. A las tempranas granjas experimentales se sumaron pronto los resultados de la explotación chacarera de piamonteses y lombardos, suizos, españoles y alemanes que se esparcen en las cercanías de Montevideo, en Canelones, San José y sobre todo en Colonia, donde las colonias Piamontesa, Valdense, Suiza, Cosmopolita, Quevedo, Española, Estrella, Arrúe, Claré, Belgrano, Sauce, Riachuelo, atestiguan su contracción al trabajo agrícola.

Las transformaciones fueron significativas si se repara que hasta mediados del siglo pasado el agro era, en general, el descampado, mero proveedor de pastura de la estancia cimarrona. Bien podía observar Francisco Bauzá, todavía en 1876, que la agricultura andaba "en el pensamiento de muchos" pero apenas si se atreve a asomar su esbelta cabeza en algún palmo de tierra abandonada". Sin embargo en pocos años, y enfrentando duras condiciones, el inmigrante modifica en parte aquella realidad: la primera estadística agrícola de 1892 permite apreciar los cambios operados; sus planillas acusan unos diez millones de vides plantadas, más de un millón de hectolitros de trigo (apenas alcanzaban a 150.000 en 1860) y otras variadas cosechas de cereales y tubérculos resultado del trabajo de los chacareros del Peñarol, Manga, Pantanoso, Toledo, Miguelete, Rincón del Cerro, Melilla y la Barra de Santa Lucía, donde más del 80 % de los agricultores eran entonces europeos.

Los comienzos industriales del Uruguay son asimismo inseparables de una decisiva contribución extranjera. Cuando en 1879 se funda la Liga Industrial, un sinnúmero de inmigrantes, o hijos de inmigrantes fecundan con su capital variados ramos de una manufactura incipiente, muy próxima todavía al artesanado, que debe afrontar adversas condiciones de desarrollo. Los álbumes y periódicos industriales de fin de siglo atestiguan ese esfuerzo, pionero en muchos rubros, y subrayan con orgullo la condición social de aquellos fabricantes, pertenecientes a una burguesía urbana de extracción inmigratoria, cuyo giro, por lo común, reconoce orígenes muy modestos. Vidiella y Harriague, Carrió, Meillet, Schenzer, Renaud, Dupuy, Giraud, Compte, Helguera, Carrau, Giorello, Pozzoli, Rizzardini, Menini, Riccardi, son algunos de los nombres de aquellos *self - made - men* que animaron nuestro despertar industrial.

BIBLIOGRAFIA SUMARIA

ACEVEDO, Eduardo. — *Anales históricos del Uruguay.* Montevideo, 1933.
Influencia italiana nella Cultura Rioplatense (1853-1915). Montevideo, 1967.
NARANCIO, Edmundo y CAPURRO CALAMET, Federico. — *Historia y análisis estadístico de la población del Uruguay.* Montevideo, 1939.
ODDONE, Juan A. — *Una perspectiva europea del Uruguay.* Montevideo, 1965.
ODDONE, Juan A. — *La formación del Uruguay moderno. La inmigración y el desarrollo económico y social.* Buenos Aires, 1966.
PACHECO, Alvaro. — *Consideraciones sobre inmigración y colonización.* Montevideo, 1892.
PENA, Carlos Mª de. — *Montevideo y su departamento hasta 1889.* Montevideo, 1892.
ROMERO, José Luis. — *El desarrollo de las ideas en la sociedad argentina del siglo XX.* México, 1965.
SAINT FOIX, Comte de. — *La République Orientale de l'Uruguay.* Paris, 1892.
VIDART, Daniel. — *El tango y su mundo.* Montevideo, 1967.
WONNER, E. — *De las industrias y el desarrollo industrial en el Uruguay.* Montevideo, 1888.

HISTORIA ILUSTRADA DE LA CIVILIZACION URUGUAYA

Enciclopedia

Tomo III

- * 21. Principistas y doctores. - Alba Mariani.
- * 22. Latorre y el Estado uruguayo. - José Pedro Barrán.
- * 23. Varela: la conciencia cultural. - Roque Faraone.
- * 24. La estancia alambrada. - Benjamín Nahum.
- * 25. Ingleses, ferrocarriles y frigoríficos. - Guillermo Vázquez Franco.
- * 26. Los gringos. - Juan Antonio Oddone.
- 27. Masones y liberales. - Manuel Claps.
- 28. Los grandes negocios. - Julio C. Rodríguez.
- 29. La belle époque. - Angel Rama.
- 30. Los retratistas del país. - Florio Parpagnoli.

* Números ya publicados

Cuaderno

Tomo III

- 21. La barca Puig. - Agustín de Vedia.
- 22. Panfletos contra puñales. - Angel Floro Costa.
- 23. La democracia y la escuela. - José Pedro Varela.
- 24. Juan Moreira. - Eduardo Gutiérrez, José J. Podestá.
- 25. Cuentos camperos. - Javier de Viana y otros.
- 26. La gringa. - Florencio Sánchez.
- 27. Las logias secretas. - Selección documental.
- 28. El socialismo triunfante. - Francisco Piria.
- 29. Crónicas mundanas. - Teófilo Díaz, J. Herrera y Reissig, R. de las Carreras.
- 30. Artistas y artesanos del tiempo pasado. - José M. Fernández Saldaña.

ENCICLOPEDIA



URUGUAYA

Publicación semanal de Editores Reunidos y Editorial Arca, del Uruguay. Redacción y Administración: Cerro Largo 949, Montevideo, Tel. 8 03 18. Plan y dirección general: Angel Rama. Director ejecutivo: Luis Carlos Benvenuto. Administrador: Julio Bayce. Asesor historiográfico: Julio C. Rodríguez. Dirección artística: Nicolás Loureiro y Jorge Carrozzino -artegraf. Fotógrafo: Julio Navarro. Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo, amparado en el art. 79 de la ley 13.349 (Comisión del Papel). Diciembre 1968.